

SUSCRICION.**MURCIA.**

Pago adelantado.

Un mes. . 75 céntimos.
Trimestre. 2 pesetas.**FUERA.**Suscripción directa,
un trimestre 2 pesetas;
por conducto de comi-
sionados, 2 pesetas 50
céntimos.

Núm.º suelto 25 cénts.

**REGALOS**de libros en todos los
sorteos de la lotería
nacional.**OFICINAS**

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de
trimestre se norman
para finalizar por los
del año.

EL CHOCOLATE.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y PASATIEMPOS.

IDEAS GENERALES

SOBRE LA HISTORIA DEL COMERCIO EN ESPAÑA.

I.

Entre las ricas fuentes de prosperidad y bienestar que cuentan los pueblos, hay una, la del comercio, cuyos fecundos manantiales no solo aseguran la existencia de aquellos que constituyen una nación, sino que se extienden á todos los del mundo llevando en pos de sí la vida, el engrandecimiento y la riqueza. Nada hay que patentice y demuestre el estado económico, industrial, moral é inteligente de una potencia, como su comercio, ese agente incansable y poderoso que propaga por todas partes los adelantos de las ciencias, de las artes, de las costumbres y de las ideas.

Él, ayuda y excita el desarrollo de la producción que en otro caso sería mezquina y en gran parte desconocida; descubre y trasporta las primeras materias sin las cuales, los elementos industriales quedarían poco menos que perdidos; sorprende á la naturaleza en sus secretos y los divulga ensanchando con sus observaciones y sus viajes el dominio de las ciencias físicas; lleva á las naciones cuya vida industrial está poco desarrollada, esas preciosas máquinas cuyos admirables descubrimientos han abierto ancho campo á todas las artes, y él en fin ha trazado sobre la tierra, innumera-

bles vías y poblado de buques los mares, siendo siempre el mensajero de la cultura por doquiera que ha extendido los productos de los pueblos civilizados.

Al reseñar la historia del comercio en nuestra España, solo nos proponemos señalar las mas notables causas históricas que han influido en la prosperidad y decadencia de aquel, pasando por alto—ya que la índole de esta publicación nos lo impide—el influjo que también han ejercido y ejercen otros accidentes como son los de clima, carácter, terreno, educación, costumbres, etcétera.

II.

En una época que se pierde en la mas remota antigüedad y que escapa á las investigaciones del historiador fué descubierta nuestra España, á pesar de su posición geográfica, por tribus aventureras procedentes del Asia, y mas tarde por atrevidos navegantes de la Siria, Palestina y Grecia. La hermosura del cielo de este país, la fertilidad de la tierra y sus cuantiosas riquezas, retuvieron á las tribus indo-escitas y movieron la codicia de los fenicios, samios, rodios y focenses que establecieron sus colonias en las costas del Mediterráneo.

Traficantes y marineros los fenicios, guiados por el afán del comercio y del lucro, al recorrer las costas de Africa en el siglo xv (antes de Jesucristo) llegaron á España en bajeles de sólida construcción y primor-

samente adornados, con cargamento de telas, metales, abalorios y cristal, que cambiaron por oro, plata y piedras preciosas, embelesando á los naturales, á la manera que los españoles lo hicieron mas tarde con los americanos. La tradicion oriental dice, que en el estrecho de Gibraltar pusieron los cimientos de su primera ciudad y desde allí fueron estendiendo sus establecimientos por toda la costa del Mediodia y Oriente de nuestra península. Planteados estos, estrecharon los fenicios sus relaciones con los naturales, despertándoles de su ignorancia, asociándolos al mundo antiguo y enseñándoles sus divinidades, su culto, sus primeras artes, el alfabeto, su escritura y hasta su lengua que es la base de todo adelantamiento, y señalando una nueva época á la cual referimos la primera civilizacion y el origen del comercio en España.

Los almacenes, factorias y tiendas de los fenicios se multiplicaron extraordinariamente. El Betis estaba de continuo surcado por naves que podian navegar hasta hispalis (Sevilla) y llevaban después sus mercancías hasta el interior de Asia y mas particularmente á Tiro.

Abriéronse establecimientos industriales donde se enseñaron los españoles á tejer las telas y adornar sus túnicas con anchos bordados, así como á fundir armas, vidrio y fabricar objetos de madera y barro, aplicándose tambien á la extraccion de metales preciosos y á buscar el oro que arrastraban en abundancia algunos rios.

El mismo espíritu mercantil guió mas tarde á los griegos asiáticos en sus viajes y les hizo establecerse en nuestras costas orientales, planteando en ellas sus factorias y colonias é influyendo tambien en gran manera en esta primera cultura.

III.

No podemos referir del mismo modo á la época cartaginesa que sucede inmediatamente á la fenicia, el desarrollo comercial que algunos historiadores han supuesto. Si Cartago es una colonia poderosamente rica y traficante, tambien es verdad que se distinguió aún más por su ambicion y espíritu guerrero.

Los cartagineses no asomaron á nuestra península como los fenicios y griegos, es decir, como viajeros apacibles y negociantes generosos que anteponian la paz á la lucha, sino como guerreros y conquistadores que se hicieron dueños por medio de las

armas de todas las colonias hispano fenicias desde Cádiz hasta Rosas; que acosaron á los pueblos interiores, destruyendo á los que se oponian á su política; que aumentaron sus riquezas con las crecidas exacciones que impusieron á los vencidos; y empeñados en la guerra de conquista borrarón el poderio que el pueblo español habia adquirido en la época fenicia. Si abrierón puertos tan importantes como Barchino y Cartago-nova no fué por miras comerciales, sino para aumentar sus plazas de guerra contra los romanos y extraer del pais sin ninguna dificultad los cargamentos de armas, hombres y dinero que anualmente mandaban á Cartago.

IV.

Vencedora Roma, después de las tres guerras púnicas que inmortalizaron á los Barcas, España quedó sometida á su inmenso poder en un periodo que no baja de 700 años, dentro del cual, se hizo tan romana, que aceptó de sus nuevos conquistadores las leyes, religion ceremonias, costumbres, ciencias, artes, comercio, agricultura, navegacion y hasta su idioma.

A la época de Augusto en que se verifica la unidad del mundo romano, debemos referir el desarrollo de todos los elementos de civilizacion y engrandecimiento de la España romana.

Antes, nuestra península habia sido ensangrentada por continuas guerras civiles, y gobernada y saqueada por despóticas autoridades militares, que encontraban pretexto en la guerra para saciar sus desmedidas pasiones de ambicion y de codicia; mas á la venida del imperio con el gran Augusto, todo se convierte en disposiciones pacíficas, mejoras internas y adelantamiento del estado material y social del pais.

Abriéronse comunicaciones entre las ciudades, creáronse universidades y escuelas públicas, pósitos de trigo y colegios ó asociaciones gremiales; floreciendo á consecuencia de este cambio la industria y la agricultura, no menos que los estudios intelectuales, y tomando poderoso vuelo el comercio.

Bien pronto los españoles dirigidos por los romanos se ejercitaron con celebrada maestria en la fabricacion de armas, de tejidos, fundicion y toda clase de artes cerámicas, así como tambien al dibujo segun demuestran la asombrosa propiedad y buen gusto con que están figuradas las monedas

y medallas españolas de aquel tiempo, objetos de arte, mosaicos (1) monumentos y sepulcros; y por lo que toca al comercio, puede decirse que España vinculó en sí todo el del Mediterráneo. Los productos de su fértil suelo y de sus industrias particularmente minera y manufacturera, se extendían y codiciaban por todo el mundo romano. Extraíanse de nuestros montes el oro y la plata en gran abundancia y muchas piedras preciosas como jacintos, esmeraldas, rubies y las tan celebradas duquesas de Zamora, explotándose también en otros puntos ricos criaderos de plomo, azogue, cinabrio, cobalto y magníficos mármoles y jaspes. Además de estas producciones minerales, España abastecía al imperio de riquísimos vinos y aceites, trigo, cera, miel, tegidos de Tarragona y Galicia, y de lanas tan apreciadas que según Strabon un carnero morueco de casta española se vendía en su tiempo en Roma en un talento.

No contribuyó poco á crear tanta prosperidad y riqueza, el sistema de administración que Augusto introdujo en vez de los crecidos impuestos que Roma venía exigiendo hacia dos siglos.

Las ciudades principiaron á gobernarse por sus propias leyes, y á administrarse por una especie de ayuntamiento ó consejo (*Curia*) compuesto de diez (*decuriones*) que ellas mismas nombraban.

En suma, tantos y tan grandes beneficios derramó Augusto sobre la península que le grangearon el cariño de los españoles hasta el punto de divinizarle erigiéndole altares y monumentos así como á su esposa Livia.

Tampoco debemos pasar por alto los reinados de los emperadores españoles Trajano, Adriano, Antonino, Pio y Marco-Aurelio que aumentaron grandemente el esplendor de su patria, como atestiguan todavía los acueductos de Segovia y Tarragona, el suntuoso puente de Alcántara, la Torre de Hércules de la Coruña y otras muchas portentosas obras maestras de la arquitectura romana que se refieren á aquel tiempo de grandeza y de ventura que pronto cambió en hedionda crápula, en anfiteatros y orgias con el bajo imperio; y en desolacion y rui-

(1) Recordamos con placer los diseños que guarda nuestro muy querido amigo el Excmo. Sr. D. Pedro Pagan, de los magníficos mosaicos encontrados en Jumilla, y en precioso plato de loza de su colección que representa con extraordinaria verdad y esquisito primor un ejercicio de lidiadores en el circo.

nas á la venida de los bárbaros que desquiciaron la antigua civilización romana, contribuyendo providencialmente á que sentaran los pueblos entre grandes dolores y luchas las bases cardinales de otra nueva civilización política y civil.

(Se continuará.)

AL AMIGO AGULLO,

en sus días.

José, te escribo porque,
José, yo no puedo más;
Ay José mío! Sabrás
que estamos muy mal, José.

(N. Serra.)

Porque vives en Murcia,
¡quién lo creyera!
te quejas, y lo dices
de una manera,
que pienso que estás ciego
sin una idea
de la inmensa belleza
que te rodea.
Arboles que cautivan
los ruiseñores,
arroyos de esmeraldas
y olas de flores;
cedros en la alta cumbre
de los pinares,
alondras que recorren
los olivares.
Jardines hechiceros,
fuentes hermosas,
bullidoras espigas
lirios y rosas;
el río que recorre
siempre contento
las sirtes de cañares
que agita el viento;
esa ciudad bendita
que mi alma encanta
con su Virgen del Carmen
y la Fuensanta;
la patria de Cascales
y de Saavedra
eterna como el monte
de dura piedra;
ese eden bendecido
en cuyo suelo,
parece estar su gracia
vertiendo el cielo,
esa es, Pepe, la tierra
que te dá enojos,

porque sin duda, tienes
ciegos los ojos.

—
En Murcia, no lo dudes,
tienes la fuente
de los goces mas puros
que el alma siente.
Tienes madre, y las madres
con sus amores
nos libran de tormentos
y de dolores;
son ángel de la guarda
de nuestra vida,
luz de nuestras miradas
siempre encendida.
Disipa su voz dulce
nuestros agravios;
vida nos dan sus pechos,
besos sus labios:
Son puras como el alba
que canta el ave:....
lo que vale una madre,
nadie lo sabe!
oh! Jamás la abandones;
conten tu queja;
porque el que deja á Murcia
al cielo deja.
En ella, siempre llenos
de grata esencia,
hullen nuestros recuerdos
de la inocencia;
allí, tienes la dicha
que te subyuga,
en la pobre oficina
del gran Belluga;
allí, en fin, caro Pepe,
puedes en calma,
gozar de los mas puros
goces del alma:
de esos goces que nunca
causan enojos
á quien, cual tú, no tenga
ciegos los ojos.

—
Aquí en cambio, pasamos
la vida entera
detrás de una peseta
como un cualquiera;
sufriendo de la suerte
fieros reveses,
luchando con patronas
y con *ingleses*.
Recordando las gracias
de aquellas nenas
que van á los sermones
y á las novenas;

que, al concluir la tarde,
llevan el día
á los chicos que invaden,
la Plateria;
que salen los domingos
sin una arruga
á tomar en la huerta
una lechuga....

.....
¡Que alegre, chico, es Murcia!
y aquí, ¡qué pena!
vive feliz en ella,
porque es muy buena:
y no la esquivas, nunca
con tus enojos,
porque diré que tienes
ciegos los ojos.

J. M. Tornel.

BOS ARTISTAS.

Mediaba el mes de febrero de 18....

Era la tarde del miércoles de ceniza. El tiempo estaba frio y húmedo, y no obstante un número inmenso de máscaras bajaba por la calle de Toledo de Madrid, con direccion al Canal, en cuya pradera se acostumbra á celebrar desde tiempo inmemorial el tradicional entierro de la sardina; en tanto que un gran número tambien, de personas piadosas, se cruzaban con ellas para dirigirse á las iglesias á oír el primer sermón de cuaresma. Es que en las grandes ciudades se ven mas de relieve que en las pequeñas poblaciones esos grandes contrastes que pudiéramos llamar muy bien luz y sombras de los cuadros sociales.

En un reducido taller de pintor situado en el cuarto piso de una magnífica casa de la calle que hemos mencionado mas arriba, veíase un jóven de unos 25 años, de hermosura delicada y lánguida como la de una mujer, que con la paleta y los pinceles se hallaba absorto dando los últimos toques á un magnífico cuadro colocado sobre un caballete, delante de él.

De pronto un golpe sonó en la puerta de la estancia, y algunos segundos después penetró en ella ruidosamente un jóven vestido de antiguo romano que al entrar se quitó la careta.

¿Cómo es eso, siempre pintando?... ah!; es este el cuadro que piensas presentar en las oposiciones de los pensionados á Roma? Sin duda que ganarás el premio: oh! esto es soberbio....

El locuaz jóven se quedó en silencio contemplando la pintura, mientras que la va-

ronil belleza de su rostro se descomponia con una marcada expresion de envidia.

No era extraña la admiracion del recién llegado: por que no habia mas que mirar aquel cuadro para comprender, que su autor era uno de esos artistas, que sirviéndose de la naturaleza para la forma y del sentimiento para la expresion, son capaces de elevar el arte á su mas alto grado de esplendor.

Representaba el momento en que Francisco I se entregaba prisionero al soldado de guardias españolas Joanes el vizcaino (1) en la batalla de Pavia. La propiedad en los trajes y en las actitudes; lo correcto del dibujo; la belleza del colorido; lo bien entendido del claro oscuro: todo, en fin revelaba en aquella obra el genio precoz del novel autor de ella.

Este gozaba en silencio de la admiracion de su compañero, hasta que al fin le preguntó tímidamente.

— Crees tú que ganaré alguno de los premios...?

— ¿Quién lo duda? Pero ahora no es ocasion de pensar en eso; tiempo tienes por delante. Todos los alumnos de la escuela de bellas artes nos hemos disfrazado como vez, y vamos en comparsa al Canal: solo faltas tú, el mas querido de todos, y vengo comisionado para arrancarte del taller donde el trabajo vá á concluir con tu vida. Conque ponte el disfraz que te traigo y siguenos; de lo contrario subirá la comparsa y te llevará á pesar tuyo.

El jóven trató de resistirse alegando diferentes excusas, pero fueron tantas y tan grandes las instancias de su condiscípulo, que al fin cedió y siguióle, dejando encargada la llave de su modesto taller al portero de la casa.

Bien pronto se vieron incorporados á la comparsa y envueltos con ella en las oleadas humanas de aquel inmenso maremagnum de máscaras, que invadia el puente de Toledo y la pradera del canal.

En este último punto la confusion era indescriptible: por todas partes se aglomeraba la gente: un ruido infernal retumbaba en las tranquilas márgenes del Manzanares, compuesto de las voces chillonas de las máscaras, de las risas de los espectadores y de los destemplados acordes de las músicas, que convertian aquello en una Babel.

Nada bastaba, sin embargo, para distraer á Ricardo, (tal era el nombre del jóven pintor) que, presa de una preocupacion inexplicable, en vano trataba de desecharla.

Era que aquel jóven huérfano desde la cuna y criado siempre en la soledad, poseia una de esas naturalezas privilegiadas de exquisita sensibilidad en las que suele ejercer su influjo ese sentimiento, flor exótica nacida en el Asia y trasplantada en Europa como dice una célebre autora inglesa, y al que damos el nombre de presentimiento.

Pero cuando creció de punto la agitacion de Ricardo fué cuando echó de menos en la comparsa á su amigo Carlos. Entonces se separó bruscamente de sus compañeros y se dirigió atropelladamente á su morada.

— ¿Ha venido alguno á buscarme? preguntó al portero apenas llegó.

— Sí señor; el jóven que salió con V. volvió al poco rato diciendo que venia á buscar una cosa que se les habia á Vds olvidado.

Ricardo ahogó una exclamacion de espanto. Subió presa de una angustia mortal la escalera; entró en su habitacion, encendió una lámpara y se acercó al caballete en que estaba colocada su obra maestra... Un grito de desesperacion se escapó de sus labios: el lienzo estaba rasgado en diferentes direcciones con un puñal.

Un sudor frio inundó sus sienas, desencajaronse horriblemente sus facciones; una oscura nube cruza ante su vista, y abandonando su mano rígida la lámpara, cayó sin sentido en el suelo...

Seis meses habian pasado. En el reducido taller que ya conocemos, ballábase Ricardo sentado junto á una ventana con el macilento rostro sostenido entre las manos. Convalecia de una enfermedad que le habia puesto á las puertas del sepulcro, y la terrible tristeza que le devoraba amagaba nuevamente su existencia.

Y no era extraño; porque el artista que carece de medios de elevarse por el arte, languidece como la flor que no tiene suficiente aire y luz para vivir...

De pronto entró en la estancia un caballero anciano y al verle Ricardo se levantó admirado. Acababa de reconocer á uno de los profesores de la escuela de bellas artes.

— Alegraos, amigo mio, dijo este último, pues vuestros mas ardientes deseos van á cumplirse. Acaba de morir en Roma á causa de la mal'aria, Carlos, el que ganó el premio en las oposiciones en lugar vuestro, y la junta teniendo en cuenta vuestra aplicacion y desgracia os ha señalado para sustituirle allá.

Ricardo cayó de rodillas y de sus trémulos lábios se escaparon estas solas palabras: Justicia de Dios...

Luisa Velaviña.

(1) Documentos inéditos para la historia de España.

NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

LA CASA DEL MIEDO.

Ensayo campestre en cuatro actos.

(Conclusion.)

ACTO TERCERO.

La accion pasa en el jardin.

M. Y MAD. GROSBILLON, BENJAMIN, ROSA.

M. Gros.—(*Paseándose con mal humor.*) Esta leche es detestable... la mitad es agua. ¡Y yo creia que íbamos á tener todos los dias crema en el campo!...

Mad. Gros.—Y ahora resulta que está mas cara que en París!

Rosa.—(*En la puerta*) Podeis darme un poco de café molido? El que venden por aquí no le gusta al señor y no tengo tiempo para ir á Belleville.

M. Gros.—(*Mirando á su mujer*) Puedes prestarle café?

Mad. Gros.—Ya me cansa estar siempre prestando... Estas gentes.. (*á Rosa*) No tengo café, jóven.

Rosa.—Dispensad, pero... (*se vá*)

Mad. Gros.—Primero carbon, luego manteca, ahora...

M. Gros.—(*Recogiendo albaricoques del suelo*) Ay, Dios mio! el viento ha tirado todas los albaricoques! y yo que gozaba tanto viéndolos madurarse en el árbol!...

Escena II.

LOS MISMOS Y JOSEFINA.

Josef.—(*Entrando con dos grandes cestas*) Uf! Aquí hay ya provisiones: carne, aves, legumbres, frutas, huevos... de todo. Pero vengo derrengada! ese Belleville está tan lejos!

Mad. Gros.—Y cuánto habeis gastado en todo?

Josef.—Diez y siete francos y doce sous, señora.

Mad. Gros.—Cómo! Dios mio, qué dinerall!

Josef.—Es que aquí todo está mucho mas caro que en París.

Mad. Gros.—Vivir en el campo por economia!...

Maria Juana.—(*Con su asno.*) Hace falta algo?

M. Gros.—Aquí está la famosa muchacha de las cebollas y la ensalada.

Maria Juana.—Hoy traigo buenas provisiones: legumbres, cerezas, huevos frescos...

M. Gros.—Eso es; hoy, cuando no lo necesitamos... Hoy tenemos; no hace falta nada. (*Maria Juana se vá*) Qué importunos! nunca saben llegar á tiempo.

Escena III.

DICHOS, M. POTARD Y M. CROTONET.

M. Pot.—Buenos dias, vecinos; no sabeis lo que ocurre?

M. Gros.—Qué pasa?

M. Pot.—Todo el mundo habla de eso... Cómo! no lo sabeis?

M. Crot.—Yo he sido de los primeros en saberlo.

M. Gros.—Pero qué es? qué ocurre?

M. Pot.—Un hombre ahorcado en el bosque

Mad. Gros.—Un hombre ahorcado!... qué horror!!...

M. Crot.—Pero ha sido él mismo; por su voluntad. Se le ha encontrado una carta donde dice que sus desgracias le hacian odiar la vida.

M. Gros.—Cómo! Y así se ahorcan por aquí!.. Y yo que creia venir á Romainville á divertirme y hacer el amor!!...

M. Pot.—Sí, eso podia ser antes, pero las luces del siglo han cambiado esto por completo.

M. Crot.—Este ahorcado era un hombre muy desgraciado... Tenia la nariz azul y...

Mad Gros.—Por Dios, M. Crotonet, me vais a poner mala con los detalles. Cambiemos de conversacion.

M. Pot.—Malo está el tiempo; no tendremos agua.

M. Crot.—Creeis...

M. Gros.—Tanto mejor.

M. Pot.—Tanto peor; la tierra está muy seca.

M. Gros.—A mí me gusta mucho el sol.

Benj.—Papá, iremos á pasear?

M. Gros.—Sí, hijo mio; luego.

M. Crot.—Vuestro pequeñin habla muy bien. Qué felicidad es tener hijos que hablen!... Mi niña no habla y esto es bien triste.

M. Pot.—Voy á darle la tisana á mi mujer. Adios, señores.

M. Crot.—Señores y señoras... (*Salen los dos.*)

Mad. Gros.—Estos hombres me dan spleen:

M. Gros.—Vamos á dar una vuelta?

Mad. Gros.—Por el bosque? no seré yo la que vaya, habiendo un ahorcado. Además estoy muy cansada.

M. Gros.—Vámonos nosotros, Benjamin.

—

La alcoba de M. Groseillon.—Es de noche. Todos están acostados; M. Groseillon comienza á dormirse cuando entra su mujer, pálida y temblando.

Mad. Gros.—Ay! por Dios, levantaos, levantaos!...

M. Gros. (*incorporándose*) Qué es? ¿Os dura aun vuestro terror pánico?

Mad. Gros.—Ay! esta vez no me engaño .. los he visto...

M. Gros.—A quien?

Mad. Gros.—A los ladrones. . No dormia; estaba á la ventana... como hace luna se vé todo bien He visto dos ó tres hombres saltar las tapias del jardin de M. Potard... Venid .. desde aquí los podremos ver. (*Abre la ventana.*)

M. Gros.—En efecto, veo unas sombras al lado del camino.

Mad. Gros.—No los ois hablar en voz baja?

M. Gros.—Es verdad, sí, desde aquí los oigo .. y qué hacer? Voy á disparar el fusil y así avisaremos á M. Potard.

Mad. Gros.—Sí, sí,... tirar, tirar!

(*M. Groseillon coge su fusil y lo dispara hácia los árboles*)

Mad. Gros.—No los veis correr?... Sí, son los ladrones que buscan su salvacion en la huida!

Josef.—(*Corriendo.*) Pero qué es esto, Dios mio?

M. Gros.—Nada, una cuadrilla de ladrones que acabo de poner en fuga... Pero calla!, han pasado el camino... parece que vienen hácia aquí ..

Mad. Gros.—Sí, vienen hácia aquí, quieren atacarnos...

M. Gros.—Josefina... el otro fusil... vivo! .. Cargad este enseguida... pronto!...

Josef.—Pero si yo no sé cargarlo... ¡Dios mio!...

Mad. Gros.—Yo me muero!...

Una voz —(*Desde abajo.*) Quién ha tirado?

Mad. Gros.—No respondais .. por Dios!... no digais nada!

La misma voz.—Responded; habeis sido vos, M. Groseillon, quien ha disparado ese fusil?

M. Gros.—Calla! Creo que conozco esa voz... Quién es?

M. Gros.—Soy yo, Crotonet, con otros tres vecinos del bosque... Estábamos patrullando, cuando ha pasado la bala rozando con nuestras cabezas —Vaya unas caricias que gastais!...

M. Gros.—Cómo! sois vos, M. Crotonet! Figuraos que mi mujer creía haber visto ladrones en el jardin de M. Potard, y he disparado para daros la voz de alerta. Cuánto lo siento!... Hay algun herido!...

Uno de la patrulla.—No, pero yo he perdido mis zapatos corriendo... Otra vez no seais tan aturdido.

M. Crotonet.—Buenas noches, señoras y señores...

M. Gros.—Mujer, me habeis hecho tirar sobre la patrulla; esto se va haciendo insoportable...

Mad. Gros.—Sí; yo no estoy aquí más; voy á morirme de miedo... yo no tengo aquí un momento de descanso.

M. Gros.—Y yo lo mismo; ya estoy de campo hasta los pelos.—Josefina, mañana ireis á buscar un coche. no importa á donde. Nos volveremos á Paris mañana mismo.

EPÍLOGO.

A las ocho de la mañana, Josefina, que ha salido al amanecer, vuelve con un mal carromato. La familia Groseillon monta en él, revuelta con el equipaje.

M. Gros. Cerrad bien las puertas, Josefina. Mañana iré casa del notario y le encargaré que venda esta casa á cualquier precio.

Mad. Gros.—Una casa donde no se puede dormir es inhabitable.

Josef.—Ya está cerrada... ¡gracias á Dios!

Rosa.—(*Llegando en el momento en que Josefina monta en el carro.*) Podeis prestarme una poca harina?

M. Gros.—Como no vengais á Paris por ella ...

Josef.—No le digais eso, que los Potard serian capaces de mandarla. Vamos, coche-ro. (*El cochero fustiga á los caballos y el coche empieza á andar.*)

Maria Juana —*Llegando con su asno.* Señores, hace falta algo?

Trad. por B.

Bacalao á la vizcaina.

Desalado en 24 horas de remojo, y limpio el bacalao, se cuecen los trozos mas convenientes y después se hacen tiritas menudas y se colocan en un plato. Se cuecen y pasan tomates, ya pasados se vuelven á cocer hasta que se émbeba toda el agua que contengan y se dejan en esta disposicion en otro plato. Se frie aceite, y cuando lo está, se le agrega cebolla muy picada, y cuando está mareada, se echa el tomate y se revuelve. En una cazuela ó cacerola se va colocando una tanda de trocitos de bacalao y otra de tomate con cebolla, sazonando con sal, pimienta y clavo molido, y sucesivamente hasta concluir. Seguidamente se coloca á un fuego templado con candela por encima y se sirve caliente.



Levantábase al alba un tío cazurro
á pegarle palizas á su burro;
el cual, no estando á malos modos hecho,
á pocos meses enfermó del pecho.

*Lector, entre las cosas importunas,
evita las palizas en ayunas.*



Uno de Albarracin se merendó tres fundas de violin; otro de Calasparra se cenó una clavija de guitarra. De modo que la cuenta sale fija: tres fundas de violin y una clavija.



Un cura predicaba en una iglesia, y habiéndole disgustado á uno de los asistentes, exclamó este:

- Mejor lo hizo el año pasado.
- El año pasado no predicó, - le contestó otro.
- Por eso digo que lo hizo mejor.

PASATIEMPOS.

Charada.

Ortográfica es mi *tercia* combinada con la *prima*; *prima* y *segunda* no es buena, *segunda* y *tercia* me animan á dar un trancazo gordo, y el *todo* muy bien imita lo que haces tú cuando comes, y otras cosas divertidas.



Pregunta.

- 1.º ¿Hay algo mejor que ir al cielo?
- 2.º ¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios para las mujeres.

Problema.

Ver el modo de que distribuidos los nueve números dígitos entre las nueve casillas del cuadrado, y que sumados vertical, horizontal y diagonalmente, den siempre una suma de 15.



be-	000000 sino 000000	nun-	000000 se 000000	amor	000000 rió 000000	rei-	000000 el 000000
000000 ca	rei-	000000 lol.	al pa-	000000 que	000000 rey	000000 vo	de
000000 rey,	000000 je	000064 han	000000 las	000000 mu-	000000 la	000000 y	000000 na
000000 de	000000 vie-	000000 nas al	000000 cuento,	000000 paje,	000000 un	000000 celos.	tu-
000000 mu-	000000 dad	000000 amar	000000 jo	000000 El	000000 bello;	000000 al	000000 rey
000000 es	000000 ¡Y	000000 elo	000000 que	000000 se	000000 rei-	000000 era-	000000 pa-
000000 ver-	000000 es	000000 y sa-	000000 cuen-	000000 muy	000000 un	000000 y	000000 na,
000000 bido...	000000 to	000000 en	000000 Era-	000000 una	000000 y	000000 je	000000 se

Empieza en el número 1 y concluye en el 64.

En el número próximo se dará la solución y los nombres de los suscritores que la remitan.

S'miles.

- 1.º ¿En qué se parecen las iglesias católicas y las estaciones telegráficas?
- 2.º ¿En qué se parecen un buen músico y un cañón?



Enigma.

Cuanto más de ti se aleja, tú lo vas sintiendo más. No hay firmeza que á la suya se pueda nunca igualar, y no obstante, ora le odias, ora buscas su amistad.

Llévaslo á veces acuestas, y sin que llegue á pesar, te fatiga de tal modo, que no puedes resollar.

No te pega ni regala, y tú dices que te dá; no resiste sus miradas ni el más osado mortal.

No es tuyo, y puedes tomarlo sin miedo á la autoridad; con que discurre, amiguito, que bastante he dicho ya.



Acertijo.

Cuantas veces la cabeza me cortes, hombre tenaz, mayor vida me darás y mucha mayor belleza.



Soluciones á los pasatiempos del núm. 12.

Al acertijo.—Ingenio.

Salto de Caballo.

A la fuga de consonantes.

Son mis ojos una fuente—de condiciones muy raras—dulce, si amantes sonrías.—si me desdenas, amarga.

A la charada—Tente-mozo.

AVISO.

Los regalos que damos en los sorteos de lotería correspondieron en el día 24 en que salió premiado con el mayor el número 22,915, á don Adolfo Rodríguez Gamaz, que tiene el número 15. El próximo sorteo es el día 3 de abril.

Rectificación.

El año 1965 citado en la primera columna de la página 103 del número anterior debe leerse 1165.